

De Profundis en la muerte de Antonio Machado

= Envío del autor. =

Con mi oración se inclina
hacia la tierra un corazón blasfemo.

Antonio Machado.

I

Te veo frente a Dios, aunque yacente
al amor de una encina castellana.
La eternidad como piadosa hermana
pone un beso de luz sobre tu frente.

Alma de niño, corazón doliente
ennoblecido de viudez soriana,
la alondra de tu mística mañana
tenía sed y se ahogó en la fuente.

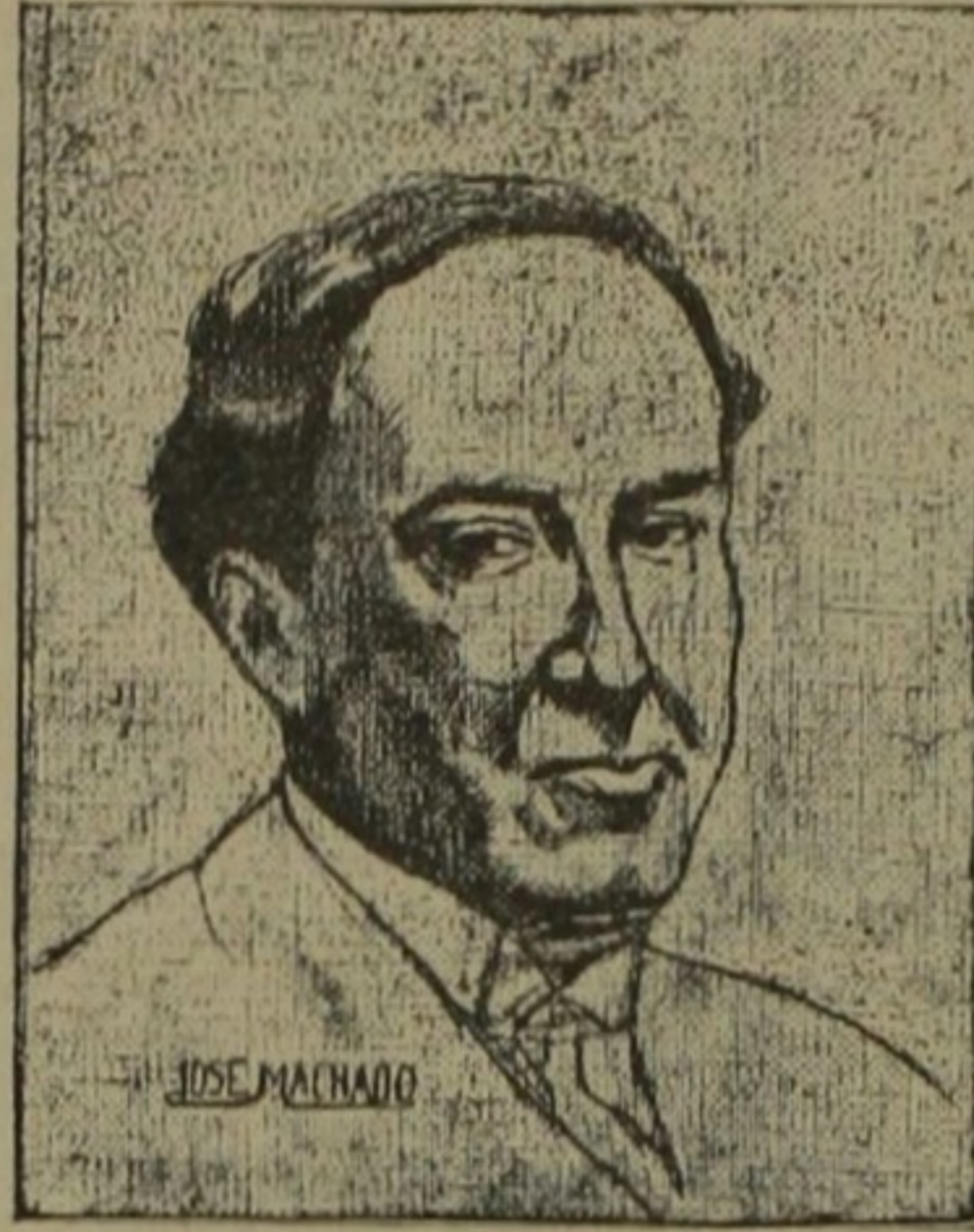
Hiciste arado del laud señero
para sembrar en tierra de Castilla
la planta del amor meditabundo;

mas Dios de pronto se te puso fiero
y aventó en vez de la ideal semilla
la simiente del odio sobre el mundo.

II

Te veo uncido a la ancestral cadena
que eslabonó en silencio la hidalguía,
sangrar por llaga de melancolía,
del circo nuevo mártir en la arena.

El mismo en el decoro y en la pena
—dueño de la raíz de Andalucía—,



Antonio Machado
(1935)

Por José Machado

respondiendo al dolor "¿qué importa un día!"
sucumbiste de angustia nazarena.

En negra roca se astilló el espejo
al que tu alma se asomó desnuda
para gozar del éxtasis divino;

y al esfumarse el fúnebre cortejo
más de un millón de muertos te saluda,
máximo hermano en el común destino.

III

Sembrado estaba el suelo de esmeraldas
cuando ibas —vespertina filomela—
camino de soñada Compostela
bajo un ocaso de resedas gualdas.

Hacia un ángel para ti guirnaldas
de nubes vagarosas con la estela;
y de repente tras la azul cancela
se puso el ángel para ti de espaldas.

Y de repente en el exilio fiero
la vida puso a prueba tu coraje
y fenecer te vió sobre tu escudo.

Y al tenderte la mano el Dios ibero
te vió Francia ligero de equipaje,
como el hijo del mar casi desnudo.

ALBERTO VELÁZQUEZ

Guatemala: febrero 25, 1939.

Una vez más, Erasmo...

= De El Nacional, México, D. F. 18 setbre. del 38 =

El entrecejo del mundo se hace cada vez más hondo. Ya no es una arruga: es una cicatriz. La cicatriz del pensar. Y por esto precisamente volvimos ayer los ojos a los viejos maestros, que invitaban al mundo a sonreír. Este viejo Erasmo, tan docto, tan dulce, tan maligno, cuya sonrisa tiene tanto de teologías fallidas como de olor a borgoña —fué su vino favorito— halló bajo los pliegues de una capa raída —la Locura— un abrigo a las intemperies de su tiempo. Y también en tiempos de Erasmo tenía entrecejo el mundo: Lutero, el Papado, los judíos, guerras de partido, tan estúpidas como todas, llegaron a arrancarle la paz personal que había conquistado a la sombra de sus maestros, los antiguos griegos.

La Locura no es un palacio: es una cabaña. Pero una cabaña encantada, donde el que pernocta, sueña cosas maravillosas. El *burla burlando*, que practicaron Quevedo y los ingenios de su tiempo, se corresponde con este refugio antiquísimo. Cada vez que un gran revolucionario necesita meter la daga en el vientre de una época, recurre a la locura, es decir, a la irresponsabilidad. Los locos están fuera de la ley: al quitárseles el juicio, se les quita la pena. El drama íntimo de la locura se convierte, de este modo, en la comedia del mundo. Los locos no hacen llorar nunca, acaso ni a sus hijos. Se advierte que gozan de una libertad absoluta, vuelven a la niñez —irresponsable también— y pueden hacer de las suyas sin despertar el rencor de la sociedad.

Por esto Erasmo, como Cervantes en España y Shakespeare en Inglaterra, toman a esta alcabeta mágica para disparar su dardo envenenado a los reinos y las Repúblicas. El *burla burlando* se propaga, al parecer sin dolor, como



Erasmo

De Holbein

un ácido corrosivo que va lamiendo las paredes del vientre podrido, hasta liquidarlo. Todos los hombres del Renacimiento manejan personajes locos, incluso Rabelais. Para las grandes tiranías, para los dogmas y las épocas de inercia, la locura y sus trucos son de una fuerza incomparable. Al través del Quijote, como al través del Rey Lear o del *Elogio de la Locura*, de Erasmo, se advierte una misma idea: quebrantar la rigidez de un ambiente, agilizar las costumbres, despertar en el hombre los resortes de la resistencia: y todo esto *burla burlando*.

Aunque el poder de este recutso se advierta a las claras —como lo advirtió el Papado en el Renacimiento— no hay manera de reaccionar contra los libros que convierten en risa el gemido de las sociedades: la risa no ofende a nadie: es hermana gemela de la Locura y su cosquilleo relaja los ceños, desfrunce las frentes y quita la trágica gravedad de los milites autoritarios. Saber reír es saber descansar, sobre todo cuando un sistema social ha estado largo tiempo en actitud rígida, como los centinelas.

Son numerosos, en la historia de la literatura, los locos simbólicos, los precursores que cambian el cetro de la seriedad por la vejiga del loco de Pascua. En Erasmo, la locura no es épica: es simplemente familiar. No va a caballo, como Don Quijote, ni pasa por la tormenta, como el viejo Lear. Se queda en casa, en babuchas, junto al fuego y junto a la botella de borgoña.

La aparición del *Elogio de la Locura*, que Erasmo pensó mientras iba en pollino o a caballo al través de los Alpes meridionales y que dedicó a otro utopista inmenso —Tomás